

quien tenía árbol y hasta árbol florido, había quien no tenía sino estaca desnuda y corta. Nadie se quejaba ni nadie se ensoberbecía, nada comunismos. Satisfecha cada cual con lo que se le daba, *daba* en correspondencia *cuanto tenía*. Por todas partes conformidad, dulzura y mucha paz" (los subrayados son nuestros).

Raúl Bueno Chávez

Ruffinelli, Jorge: *Crítica en Marcha*. México, Premia Editora, 1979.

"Todo texto ensayístico expresa una vivencia de lectura y una vivencia de mundo a la vez, sea cual sea la manera en que se las haya elaborado. Expresa un poco o mucho lo que es uno mismo, quien escribe" dice Jorge Ruffinelli en la "Presentación" de los 43 artículos reunidos en este volumen. Exiliado en México desde 1974, Ruffinelli incluye los trabajos que publicó en el semanario *Marcha* entre 1967 y esa fecha.

Es difícil señalar los rasgos estrictos que diferencien los artículos dedicados a una publicación semanal de los de "largo aliento". Por un lado, la extensión puede variar de acuerdo a la lectura realizada por el crítico y según los fines perseguidos; por otro, muchas reseñas periodísticas se convierten a veces en estudios más profundos y minuciosos. Tal vez sea un índice entre unos y otros la *intensidad* de la escritura; es decir, la consciente o inconsciente sensación de que unos y otros —dirigidos a un público, digamos, fértil o avezado en términos literarios— están separados por distintos lectores.

En la reseña periodística es dable introducir determinadas opiniones, detalles u ocurrencias que otras aproximaciones no permitirían. Esto le da a la reseña una aureola de inmediatez que el lector disfruta a la vez que accede a tal o cual autor tratado. En cambio los estudios publicados en revistas o libros deben ya demostrar cierta idea preconcebida, y en todo caso, cuentan con un lector que exigirá una información adicional.

Por eso será que los artículos periodísticos constituyen un "entrenamiento"—una primera lectura— que puede transformarse, confirmarse luego como efectiva ecuación en un trabajo meditado y menos informal. Jorge Ruffinelli aclara que estas cuarenta y tres notas (reseñas de libros, entrevistas y ópticas generales sobre autores) re-

presentan un aprendizaje, un cuaderno de apuntes. Y agrega que difícilmente pueden separarse de un contexto de época: latinoamérica a través de muchos escritores y esperanzas políticas y triunfos y también derrotas. Advertimos acá ese carácter *noticioso* mencionado antes.

Además, la unidad del libro no sólo la conforman los autores citados (preferentemente narradores); hay en la prosa de Ruffinelli, por encima de los collages de textos, citas y enumeraciones empleados, una vocación de estilo ampliamente respaldada por libros posteriores a su exilio. Prosa con detalles y hasta chismes que permiten la amenidad junto a la específica tarea de retratar al escritor escondido detrás de su obra; prosa con márgenes ideológicos claros pero no rígidos: humor y seriedad en definitiva.

En la primera parte destacan las entrevistas a Borges, Augusto Monterroso, Fernando Alegría y Antonio Skármeta, unidas a trabajos sobre Juan Carlos Onetti y García Márquez, entre otros. Esto en cuanto a la extensión mano a mano con la calidad. Sin embargo las notas más cortas revisten la importancia de la localización de autores consagrados e iniciados en el contexto histórico-cultural en que se desenvuelven. Así, por ejemplo, encontramos narradores que pasarían desapercibidos en una ciudad como Lima (siempre una de las últimas ruedas del coche editorial por obra y gracia de las políticas estatales) y que Ruffinelli se encarga de dar a conocer y valorar: Jacques Stéphen Alexis, Pablo Palacio, José Luis González, Alvaro Cepeda Zamudio, por decir. Igual cosa ocurre en la tercera parte del libro, dedicada a escritores uruguayos, en la que destacan las aproximaciones a Horacio Quiroga, Felisberto Hernández (excepcional cuentista revalorizado actualmente) y Mario Benedetti.

La parte intermedia la ocupa un solo ensayo sobre poesía: el *Martín Fierro*, a través de un recorrido por la biografía de José Hernández y la dependencia que guardaba con ciertos prejuicios de corte europeo reflejados en el largo poema. La violencia "en la pampa" no fue otra cosa que una conquista basada en el casi exterminio de la población indígena, considerada como inferior, como había advertido Ezequiel Martínez Estrada.

Pero este sentido de intercambio dialéctico entre los objetivos literarios y el mundo ideológico transmitido por una obra, tiene —como dijimos— una acertada exposición en las notas de este cuaderno antiguo y contemporáneo de Jorge Ruffinelli. Es más, su ventaja radica en extender su influencia hasta el punto que todo crítico

anhela como retribución: comprometernos con las obras propuestas por su óptica, esto es, renovar una lectura nunca concluyente y corroborarla también con nuestras experiencias.

Edgar O'Hara

Torrealba Lossi, Mario. *Los años de la ira*. Caracas, Ateneo de Caracas, 1979. 216 p.

El panorama político latinoamericano de comienzos de siglo, caracterizado por oligarquías, golpes militares, guerras civiles, etc., es la coyuntura en que se inserta una de las dictaduras más cruentas del continente. Juan Vicente Gómez, quien tomara la presidencia de Venezuela en 1908 y la abandonara a raíz de su muerte en 1935, marcó con su gobierno una de las etapas más oscuras de la historia contemporánea de ese país. Durante su mandato Venezuela, restringida por una escasa actividad política y cultural, conoce la actuación insurgente de un grupo que, en 1928, irrumpe en la escena política de la nación.

El análisis de las condiciones político-económicas de la Venezuela de entonces y el estudio de la significación y proyección de este grupo, que más tarde se conocería con el nombre de "Generación del 28", constituyen la temática recogida por Mario Torrealba Lossi en su libro *Los años de la ira*.

Al iniciar la exposición, el autor propone una revisión de la tesis de Ortega y Gasset referida a la utilización del término "generación". Según esta tesis, las generaciones —"cuerpo social nuevo, encerrado en sí mismo"— simbolizan la imagen del hombre y de la cultura. Sin ellas sería imposible operar en el campo de los fenómenos históricos. La tesis generacional resulta para el autor de *Los años de la ira* simplista y mecanicista, pues el surgimiento de estas élites obedece en realidad a sucesos y circunstancias históricas que deben prevalecer a la hora de realizar un estudio de las mismas.

Siguiendo el hilo discursivo de la obra, se nos presenta el ambiente de montoneras y caudillismo predominante en la nación venezolana durante el gobierno gomecista, época en que el expansionismo norteamericano comenzaba, al igual que en otras tierras del continente, a establecer sus intereses dirigidos, en este caso, a la explotación petrolera, industria que venía desarrollándose en

el territorio de manera rudimentaria desde rígidos, en este caso, a la explotación pe

época en que el expansionismo norteamericano comenzaba, al igual que en otras tierras del continente, a establecer sus intereses dirigidos, en este caso, a la explotación petrolera, industria que venía desarrollándose en el territorio de manera rudimentaria desde finales del siglo XIX.

La explotación petrolera transformó la estructura económica de un país eminentemente agrícola, creando con esto condiciones propicias para la realización de un cambio social. Es por esto que el negro aceite, perturbador de la decadente siesta venezolana, constituye para Torrealba Lossi uno de los aspectos más influyentes en la formación de los movimientos que aspiraban, desde mucho antes del veintiocho, al derrocamiento de la dictadura. Paradójicamente, la gestión petrolera emprendida por el tirano se convirtió en el pilar más sólido en que reposó su gobierno, al permitirle el apoyo norteamericano que encontraba fáciles y productivas las inversiones realizadas en suelo venezolano.

Entre los acontecimientos que figuraron en el tablero de la vida nacional venezolana de entonces, destaca la actuación de un grupo de estudiantes que, para 1928, promueve la celebración de la Semana del Estudiante, con la finalidad de recoger fondos para la fundación de su casa sede que llevaría el nombre de Casa Andrés Bello.

A la luz de la mirada analítica del autor, este acontecimiento adquiere la complejidad de un movimiento de carácter emocional, de una fiesta cívica que más tarde se orientaría hacia una actividad caracterizada por la lucha antigomecista y por el deseo de establecer la alternabilidad democrática y la libre expresión de las ideas, convirtiéndose así en el único acontecimiento que perturbó verdaderamente la estabilidad del régimen.

Desde la perspectiva planteada por *Los años de la ira*, la Semana del Estudiante se manifiesta como un movimiento de carácter pequeño burgués, ideológicamente inconsistente, o en otras palabras como "una reacción de la idiosincracia y refinamiento caqueños de la tradición socio-cultural capitalina, en contra de la palurdez y tosquedad del caudillismo montaraz y bárbaro" (174).

La conexión establecida entre los sucesos de la Semana del Estudiante (febrero 1928), los años anteriores a esta fecha y los meses que siguieron a la misma, ofrece al lector un conjunto visual amplio de la coyuntura venezolana de entonces.

Otro de los aspectos referidos en la obra,